

Jacques-Alain Miller

Psicoanálisis puro, psicoanálisis aplicado

“La orientación lacaniana III, 3, El lugar y el vínculo” (2000-2001), 10 y 17 de enero del 2001. Texto y notas en francés establecidos por Catherine Boningue.

I. LA DIFERENCIA ENTRE PSICOANÁLISIS Y PSICOTERAPIA

En el primer trimestre hice pesar sobre nosotros un recuerdo insistente, el de la diferencia entre psicoanálisis puro y psicoanálisis aplicado, aplicado, añadí, a la psicoterapia.¹ ¿No ha llegado el momento de que suelte el peso que cargué sobre sus espaldas y, créanme, también sobre la mía?

1. Un recuerdo

Enunciado de un diagnóstico

El recuerdo tuvo como motivo una coyuntura, la nuestra, dado que no me parecía que se hiciese esa diferencia, ni tan siquiera que se considerase, señalase o se estableciera. Al mismo tiempo, hay que constatar que este recuerdo de dos términos opuestos, clásicos en el psicoanálisis y más allá de él, aunque un poco en desuso, ha producido turbación, incluso sufrimiento y, como se ha escrito, un cierto sentimiento de vacilación.

Lo tuve en cuenta y muy seriamente. Por más tajantemente que lo hiciera, por más tranquilamente y apoyado en una evidencia y en todos nuestros clásicos, no había considerado ese recuerdo más que como el primer paso de un problema que había que resolver, como el enunciado de un diagnóstico.

Intenté, pues, tratarlo de la manera adecuada, que para mí no es ni a través de la institución, ni de la clasificación, ni del momento en que aparece el problema e implica el acuerdo o la dinámica entre los analistas.

El punto al que dirigí mi atención es el del psicoanálisis como práctica. Trabajé sobre él con la esperanza de encontrar una salida que, si no es la buena, al menos dé la posibilidad de aguantar durante un tiempo. Lo que aportó aquí son esas consideraciones.

Punto de capitón

Algo más tarde hablaré, sin duda, contra la noción de punto de capitón desde la nueva perspectiva que me ha surgido. Se justifica, en efecto, si tomamos distancia del punto de referencia que tan constantemente podemos adoptar en lo que denominamos, a partir de la metáfora que Lacan escogió, la ilustración del punto de capitón y que remite a un mecanismo significante totalmente preciso.

Sin embargo, lo que he cambiado, lo que he tratado de urdir es muy simple en definitiva e implica para mí precisamente algo del orden de un punto de capitón, es decir, me ha proporcionado un punto de vista que, ciertamente, si distingo bien lo que lo precedía, no poseía. No estaba orientado, tal como voy a intentar comunicar ahora de la manera más simple y dejando lo que pertenece al orden de la construcción para más tarde.

El hecho de que no se haya establecido la diferencia entre psicoanálisis puro y psicoanálisis aplicado a la psicoterapia conduce a confusiones, nos ha llevado a confusiones prácticas, al planteamiento de falsos problemas y, sobre todo, a esbozar falsas soluciones. Dicho brevemente, nos ha dirigido a un cierto número de embrollos a la hora de ubicar como corresponde lo que hacemos en la práctica. Debemos aún determinar la confusión verdaderamente importante ¿ dé cuál se

trata? No tanto de la confusión entre psicoanálisis puro y psicoanálisis aplicado a la psicoterapia, pues dicha confusión tiene una importancia limitada en la medida en que en ambos casos, si admitimos que se distinguen, se trata de psicoanálisis. La importante verdaderamente es la que, en nombre de la terapéutica, confunde lo que es psicoanálisis y lo que no lo es.

La cuestión fundamental

Para ser precisos, si establecemos con rigor el objetivo, no haría falta que el psicoanálisis, en su dimensión propia o en su uso, en su preocupación terapéutica, se sintiera atraído, perturbado e incluso mortificado por esta especie de cosa no psicoanalítica que se adorna con la denominación de psicoterapia. Lo que hace falta es que el psicoanálisis aplicado a la terapéutica siga siendo psicoanálisis y que se preocupe por su identidad psicoanalítica. Para fijar las ideas lo escribiré así:

a puro/ a aplicado (a la terapéutica) // o terapia

Señalo que la diferencia que he recordado entre psicoanálisis puro y psicoanálisis aplicado ha sido establecida para incidir sobre la diferencia entre los dos y la psicoterapia. Mi recuerdo tenía efectivamente como objetivo exigir mucho al psicoanálisis aplicado a la terapéutica, es decir, exigirle que sea psicoanálisis, que no deje de serlo bajo el pretexto de la terapéutica y que no se deje arrastrar a franquear ese límite, esa diferencia.

Es simplemente en este punto, en la misma dirección, en el que se muestra a las claras que la cuestión esencial, la que nos estamos planteando, es la del psicoanálisis aplicado a la terapéutica: que siga siendo psicoanálisis, que sea un asunto de psicoanálisis, que sea el psicoanálisis como tal en tanto que aplicado.

Me imagino que hay un acuerdo sobre estas premisas elementales y ello supone que nos dediquemos a establecer la diferencia entre el psicoanálisis como tal, puro o aplicado, y la psicoterapia.

La psicoterapia no existe

Este tema ya se planteó hace doce años, fue objeto de un congreso con todos los requisitos y se trató de forma inmediata en diversos acontecimientos. Pero indudablemente no teníamos ante nosotros en aquel entonces la misma coyuntura que en la actualidad. Lo digo también en lo que a mí concierne, pues en ese congreso, celebrado en la ciudad de Rennes, yo mismo tomé la palabra sobre el tema "Psicoanálisis y psicoterapia".²

Establecer esa diferencia no debería ser difícil si partimos de que la psicoterapia no existe, de que se trata de un rótulo acomodaticio que acoge a las prácticas más variadas, hasta la gimnasia. Esta no es por otra parte la más perjudicial. La gimnasia es incluso un ejercicio altamente recomendable. Es preciso que amplíe mi reflexión sobre el tema si me tomo en serio el punto al que hemos llegado, que hay más en el cuerpo que en nuestra filosofía.

Las modalidades que pueden pretender tener efectos psicoterapéuticos en cualquier caso no son nuestro problema. Las que nos crean problemas son aquellas que se mantienen próximas al análisis, que acogen la demanda de quien sufre y quiere saber, que la tratan por la palabra y la escucha y, además, como se dice, como se ha venido diciendo desde hace mucho tiempo, se inspiran en el

psicoanálisis, fórmula sacramental y reglamentaria en un cierto ambiente. Si vamos hasta el fondo, existen formas que reclaman su conformidad con el psicoanálisis, y si vamos hasta el fondo del fondo, que se llaman psicoanálisis.

Un semblante del psicoanálisis

No resulta excesivo, al menos a título exploratorio, formular el problema en estos términos: el psicoanálisis ha producido, ha nutrido, ha animado a su propio semblante y a partir de ahí éste se ha desarrollado, ha transitado y vampirizado a aquel. Digo vampirizado porque podría darse a esta historia un estilo de cuento gótico a la manera de Edgar A. Poe, algo así como "El psicoanálisis y su doble". Una vez puestas en evidencia las semejanzas, las confusiones intermitentes sobre la persona, el carácter intercambiable del original y del doble, la narración se concluiría con la substitución del original por el doble, y el primero acabaría expropiado, exiliado, desechado, eliminado.

¡No es necesario creérselo! Al leer lo que se dice y lo que se escribe entre los psicoanalistas, más allá de lo que se ve superficialmente, se constata que en ocasiones toma ese cariz de lo que he llamado expropiación del psicoanálisis.

Si se medita resulta lógico e incluso necesario que el psicoanálisis haya producido su semblante. ¿No es también lo que le ocurrió a la filosofía tal como la promovió Sócrates y que produjo su doble bajo la especie de los sofistas? Es eso lo que motiva la constante polémica platónica contra los sofistas en tanto que dobles, en tanto que semblantes de filósofo. Es una pequeña dificultad actual.

En la manera en que se ha empezado a hablar del problema del psicoanálisis y la psicoterapia, no se pretende más que ver desarrollarse a esta imagería del original y su doble, sólo que aquí es más difícil de situar. Hay algo de eso, de gótico, de platónico en el tormento que representa para el psicoanalista la extensión creciente de la psicoterapia en su forma próxima al análisis, esa forma derivada, y que no me parece excesivo cualificar de semblante del psicoanálisis.

Se podrían realizar aquí encuestas sociológicas, pero eso no nos daría la clave de ese estancamiento ni la manera de superarlo. Es en el psicoanálisis mismo donde se encuentra el secreto de ese semblante, si es cierto que es él quien ha producido ese semblante que lo devora.

Lo pongo entre comillas. Mantengámonos serenos. Lo que hacemos aquí es una composición y lo que intento es reunir las diversas notas que podrían intentar, o que intentan efectivamente, las unas o las otras, desarrollar fragmentos y una sinfonía. Hay con que hacerla.

2. Una cuestión planteada a Lacan

"El buen fin de la razón"

En el punto en que nos encontramos, puede uno darse cuenta de que fue sin duda la defensa contra el semblante lo que motivó el aparato de reglas formales y de validación institucional tradicional en que fue situada la práctica psicoanalítica por sus primeros servidores. A partir de lo que es el psicoanálisis, no les faltó el presentimiento de que produciría su semblante, de acuerdo con su concepción, en una coyuntura sin embargo, muy diferente a la nuestra. Podemos dar crédito a ese presentimiento y los que se fían de ese aparato son los primeros en decirlo, antes que nosotros, pero se aprecia bien a las claras la impotencia de tal aparato. Quizás porque confiaban en este aparato antisemblante tras el que se atrincheraron, fueron los primeros en alertar sobre su debilidad ante el semblante.

Podemos decir en la actualidad que establecer la diferencia entre psicoanálisis y psicoterapia a partir de la regla y la tradición no conduce de hecho más que situar el psicoanálisis en una posición frágil, en la posición de la fortaleza asediada.

Cuando uno se encuentra asediado, todo indica que está en vías de ser apresado en el interior.

Tratemos de mantener nuestro rumbo en ese tormento que no precisa más que de un poco de tiempo para convertirse en una tormenta y, de acuerdo con la fórmula de Roultebaille, de “tomar las cosas por el buen fin de la razón”.

En primer lugar no hay ninguna disposición reglamentaria, institucional, que se pueda mantener cuando falla la orientación. No es hacia la institución que hay que dirigirse para mostrar no sé que clase de filtro en que se retendría la cizaña para liberar el grano. Lo que necesitamos para trazar nuestro camino es una orientación de estructura.

En este rodeo, ¿a quién pedir orientación? Ciertamente a nuestras entendederas, pero la mollera tiene la costumbre, a su parecer con los mejores efectos, de dirigirse a lo que Lacan nos dejó, incluso si es poco, equívoco o contradictorio con otras cosas. En este caso se trata de argumentos y no de indicaciones. Es ahí que, en términos de orientación, tenemos la costumbre de buscar nuestro hilo, sin perjuicio de tomar nota de que la coyuntura ha variado, pero otorgándole el crédito verificado, no ciego, de una cierta capacidad de anticipación de la que hasta el momento creemos habernos dado cuenta.

El pequeño punto de apoyo que tomo es el que me da el hecho de que la cuestión le fue planteada y además por mi (véase “Televisión” p. 89 y siguientes), me refiero a la cuestión de la diferencia entre psicoanálisis y psicoterapia, entendiéndolo por psicoterapia la que se apoya en la palabra, la que se funda en la escucha y en la palabra. Esa es la marca con la que ya en aquel tiempo se delineaba el fenómeno del semblante que después ha crecido y en el que nos hallamos atrapados.

Las respuestas que Lacan no dio

¿Cuántas veces lo hemos leído? Sin embargo se trata de comprender, y eso es lo que cambia, su respuesta como una respuesta a nuestras interrogaciones de hoy. Para apreciar lo esencial de esta respuesta, para captar el alcance que puede tomar en la actualidad, conviene situarla sobre el fondo de lo que no es, quiero decir sobre el fondo de las respuestas que Lacan no dio en 1973 sobre el problema de saber que es lo que distingue el psicoanálisis de la psicoterapia.

De esas respuestas que no dio, pero que podría haber dado, al menos es lo que propongo, yo distinguiría dos convirtiendo a la que dio en la tercera de la serie.

La primera respuesta que no dio habría utilizado este aparato vectorial que se llama el grafo del deseo. Es esta respuesta, que entonces no había dado, incluso si se encuentran elementos en sus seminarios anteriores, la que me tocó a mi desarrollar en Rennes. Toma como base de la distinción entre psicoanálisis y psicoterapia la diferencia de nivel en el grafo de Lacan.

Consiste en repartir psicoanálisis y psicoterapia entre estos dos niveles indicando el papel de lo que en A abre el camino al nivel superior y en que puede considerarse que es operatorio el deseo del analista, lo que no ocurriría en la parte inferior.

Este esquema tiene algo de probatorio para dar cuenta de la eficacia de la psicoterapia, si se quiere situarla. El sólo hecho de colocarse en posición de escucha, de escucha prolongada de una comunicación íntima y seguida por parte del paciente, constituye al auditor en A o le instala en el lugar del Otro y esta posición, de alguna manera de síndico de la humanidad, de lugar de la palabra, de depositario del lenguaje, confiere a su palabra, cuando la deja ir, un poder que es

susceptible de operar, que es eficaz, en particular para rectificar las identificaciones.

Un trayecto más allá

Les recuerdo la noción de lo que se ha obtenido que, después de todo, es bastante convincente y que realza el valor de esta instancia del deseo del analista que se establece sobre el rechazo por parte del auditor-intérprete a utilizar el medio de su omnipotencia supuesta, identificatoria. El deseo del analista es esta abstención misma y abre a un trayecto más allá.

Está claro que este esquematismo permite, incluso encarna, lo que quiere decir un trayecto más allá, ya que, tal como está construido, la única puerta de entrada para acceder al nivel superior está en el lugar del Otro. Si ahí las agujas no dan acceso a este vector, si se está atascado, no se puede acceder desde ninguna otra parte. Tenemos pues aquí un punto singular que se constituye en puerta de entrada para un vector. Donde se juega el cambio de agujas del trayecto subjetivo, tenemos un punto único.

Hay que ver hasta qué punto este esquematismo se ha convertido para nosotros en el instrumento de referencia de la práctica, un instrumento en todo caso muy relevante y cuyos ecos se propagan. Para decirlo rápidamente, su fundamento estriba en la escisión y la articulación de lo que es palabra, los circuitos del nivel inferior, y de lo que es pulsión. La palabra tendrá el primer nivel, la pulsión el segundo.

Simétrico al lugar del Otro encontramos algo que lleva la escritura lacaniana que ya en otro tiempo hizo falta descifrar, pero que por hoy y quizás por un momento podríamos simplificar dándole su nombre freudiano: ello. Lo que Lacan expresó y quizás a la vez veló con una sigla que presenta una cierta complejidad, puede ser suficiente distinguirlo aquí como el ello para conferirle el privilegio de ser el lugar de las pulsiones.

Recuerdo que en una ocasión Lacan, en un rodeo de su Seminario, se reprochaba haberlos confundido durante tiempo, en vez de haberlos distinguido, con su "ello habla". Se reprochaba haber confundido en su "ello habla" el ello y el inconsciente, pero en su ser de palabra. Este esquematismo saca la conclusión de lo que Lacan consideró en un cierto tiempo como su confusión distinguiendo el lugar de la palabra y el de la pulsión, el Otro y el ello.

No voy a explicar la interesante exposición que había preparado, pero que tengo que saltarme, que volvía sobre la función correlativa, la del S (/A), en la que puede decirse que se inscribe la escisión del ello y del Otro, que refleja la escisión del ello y el Otro.

Estoy privilegiando por supuesto la presentación por niveles. En Lacan se encuentra la posibilidad de considerar que los dos niveles son de hecho simultáneos y funcionan de alguna manera superpuestos.

En el nivel inferior, en el que nuestra hipótesis sitúa a la psicoterapia, no se plantea la cuestión del goce y esto ya nos proporciona una diferencia, hay que acceder al segundo nivel para que ocurra. La omnipotencia del Otro es preservada a esa precio.

En la psicoterapia se eludiría lo que cuestiona la omnipotencia del Otro. Se preservaría su consistencia, mientras que lo característico de la posición analítica, que abre al psicoanálisis propiamente dicho, sería, al admitir la cuestión del goce, no hacer consistir al Otro.

Es formidable. Lo encuentro realmente bien. Se sostiene. Lo había expuesto anteriormente, mucho más desarrollado, casi de esta manera. Pero no es la respuesta de Lacan. Indudablemente, es anterior, se encuentra esparcida en el curso del Seminario, pero no es la respuesta que dio.

Dio una respuesta que pareció mucho menos interesante, realmente pobre, algunas frases cómicas.

Lo que el inconsciente reclama

La segunda respuesta que Lacan tampoco dio consistiría en considerar que la psicoterapia se inscribe en el discurso del amo. ¿Por qué Lacan no respondió simplemente en este sentido cuando los cuatro discursos eran aun para él, en 1973, una referencia completamente actual cuyo uso puede encontrarse en “Televisión” mismo? ¿Por qué no dio una respuesta que habría llevado a situar la psicoterapia a partir del discurso del amo, respuesta que no habría sido inadecuada?

El discurso del amo es conforme al inconsciente. Es lo que el inconsciente reclama. Es su discurso. En términos de psicoterapia se podría decir que el sujeto reclama una identificación que aguanta y sufre cuando esta vacila, cuando le falta. Lo que urge es restituirla. Sólo con esta condición puede encontrar su lugar. Y como esta psicoterapia, a la que supongo parecida, habla como nosotros, busca su lugar en el saber de su tiempo, en lo que distribuye los lugares socialmente establecidos o señalados. Además, está el objeto a como producto. Efectivamente hay que ser productivo. Es lo que motiva la creencia contemporánea en el síntoma. Se refiere al funcionamiento. ¿Se trata de lo que puede funcionar o de lo que no llega a funcionar? Se ve claramente que no estaría nada mal desarrollar la psicoterapia al nivel del discurso del amo.

No nos confundamos. El objeto a que está allí no es el que se articula en el fantasma. Utilicemos la notación de Lacan según la cual el discurso del amo es precisamente un discurso que para los pies al fantasma, que lo hace imposible.

S/ // a

En el discurso del amo entre S/ y a hay una doble barra que indica la imposibilidad de una relación y aquí la relación que se ha convertido en imposible, que ha sido arrinconada, es el fantasma. Podría decirse que en efecto la psicoterapia privilegia la identificación al precio de arrinconar el fantasma.

La primera respuesta, la que se apoya perfectamente, de forma probatoria, en el grafo, convierte en definitiva a la psicoterapia en el primer paso de un análisis. Me es difícil recordar las coyunturas mentales precisas en que balbuceé sobre ese asunto hace diez años, pero era más bien en una tentativa irenea. ¡Todo va bien! Esta respuesta tenía justamente el mérito de hacer de la psicoterapia el primer paso de un análisis como podría proponerse a modo de ejercicio a los que se inician en la práctica. Esta respuesta, la primera que Lacan no dio, convertiría a la psicoterapia en vecina y amiga del psicoanálisis. Si quieren ir por la vía de la buena vecindad ese es el camino que deben tomar, queda a su elección.

La segunda respuesta que Lacan no dio, a partir del discurso del amo, aleja al contrario a la psicoterapia dado que la sitúa en el registro del reverso del psicoanálisis.

El rasgo distintivo del sentido

La tercera respuesta, la que dio y pasó ampliamente desapercibida en sus consecuencias, en su acento, brilla por su simplicidad. Afirma simplemente, como carácter distintivo de la psicoterapia, el sentido, eso es todo, aparte de algunas florituras para reírse del sentido. Lacan se contenta con decir: “La psicoterapia especula sobre el sentido y en eso consiste su diferencia con el psicoanálisis”. Se burla un poco del sentido en algunas líneas sobre el sentido sexual, el buen sentido, el sentido común. Se burla tanto más cuanto que señala que “se creería

que la vertiente del sentido es la del análisis”, pequeño detalle que hoy tiene otra resonancia.

En el momento en que se burla del sentido, en que atribuye a la psicoterapia especular sobre el sentido, dice también: “esta vertiente del sentido se creería que es la del psicoanálisis”. Encontramos precisamente el señalamiento del hecho del semblante. Cuando se especula sobre el sentido, se hace creer que opera el psicoanálisis. En este condicional y en este señalamiento se deslizan ya el hecho del semblante.

El lugar de la psicoterapia puede ser confundido con el del ejercicio del psicoanálisis por el sesgo del sentido. En el horizonte de esta perspectiva está la confusión de lo que he llamado la doble expropiación.

Es el colmo, puesto que se tendrían las mejores razones para creer que el análisis opera sobre la vertiente del sentido y no es nada más que el sentido como tal lo que constituyó la puerta de entrada de Lacan en el psicoanálisis. Si hay alguien que haya creído que la vertiente del sentido era propiamente la del psicoanálisis, que la haya incluso introducido en el psicoanálisis, es Lacan. Lacan entró en el psicoanálisis reintroduciendo el sentido.

Tenemos aquí una de las manifestaciones de lo que llamé ya hace tiempo Lacan contra Lacan. Cuando dice “Oh là là” que tontería pensar esto, empecemos a calibrar si no se trata de ir contra un cierto Lacan Jacques por parte de Jacques Lacan. Puede ir contra otros, eso le ocurre y más a menudo que contra él. Hay un elemento de frescura, además no desarrollado, en el nivel de la argumentación, que contribuyó a borrar las aristas y precisamente el punto de detención que se indicaba así de forma tan sencilla.

Por lo que respecta a las referencias de Lacan al sentido indicaría la de un texto antiguo sobre “La agresividad en psicoanálisis”, p. 95 y 96 de los Escritos I. Verán que es a partir del sentido que Lacan define allí al sujeto: “Sólo un sujeto puede comprender un sentido, inversamente todo fenómeno de sentido implica un sujeto”. En segundo lugar, es también a partir del sentido que sitúa el síntoma psicoanalítico. Finalmente, es el sentido el que nombra, según el informe de Roma, p. 247, la operación propia de la palabra, la que “confiere a las funciones del individuo un sentido”. Promueve la función de la palabra como esencial en el psicoanálisis precisamente en tanto que puede aportar sentido.

Rechazo del sentido

Ciertamente, cuando en 1973 rechaza el sentido como la vertiente del psicoanálisis, ya había hecho mucho para resituarlo durante veinte años de su enseñanza. Resituó el sentido como efecto del significante, desplazó la definición de sujeto hacia el significante, separó el significante del sentido, invitó a aislar los significantes atrapados sin ningún sentido en el síntoma. Fíjense en la página 821 de los Escritos II donde figura entre paréntesis este “sin ningún sentido” que cualifica a los significantes atrapados en el síntoma.

Se puede seguir este movimiento en la trayectoria de Lacan: tras promover el sentido, lo resitúa, lo relativiza, lo aminora. Pero de hecho en el sarcasmo contra el sentido que aparece en el párrafo de “Televisión” se trata de otra cosa, pone otro acento.

Señalaré la palabra que figura al final del escrito de Lacan que precede a “Televisión” y que se llama “El Atolondradicho”: “semantofilia”. Lo escribe un año antes para burlarse del amor por el sentido. Evoca el torbellino de semantofilia que le debía alguna cosa y le tenía por causa, pues él había, como se sabe, promovido el sentido como esencial en la operación analítica. Se refiere a la universidad de los años setenta. Es el mismo acento que en “Televisión” Lacan desplaza para imputárselo a la psicoterapia, para convertirlo en su respuesta, en el rasgo distintivo de la psicoterapia frente al psicoanálisis.

Es la primera emergencia de algo que, aunque sin duda preparado, representa un hito. Puedo imputar a Lacan, al contrario, una semantofobia, el rechazo del sentido. Pasó, o parece haber pasado, de la semantofilia a la semantofobia.

Se constata claramente que abandonó este valor levitatorio que atribuía al sentido en beneficio del significante y especialmente del matema, en tanto que vector de la enseñanza del psicoanálisis, de una transmisión integral fuera de todo sentido que es precisamente lo que desarrolló en su escrito "El Atolondradicho". Lo que no se ha percibido, sin embargo, es que a partir de eso, de ese nada de nada, podemos ahora captar que Lacan se refirió al sentido, que no dijo otras cosas más interesantes que podía haber dicho, que lanzó esa pequeña piedra. Lo que yo he dicho es que sobre esa piedra se puede construir no una iglesia, sino una salida. Podemos entender ahora, cuando nos hallamos en un momento en que el psicoanálisis es devorado por su semblante, que la cuestión decisiva en juego es el fuera de sentido. No se trata de un medio, en definitiva subalterno, de fijar las ideas, al estilo del matema. Se usa el fuera de sentido para eso, pues el matema permite su transmisión. De lo que se trata en el fuera de sentido no es sólo de darle un vehículo de transmisión al saber que se puede elaborar a partir del psicoanálisis. Lo que podemos ver, a partir del momento de dificultad en que nos encontramos, es que para Lacan se trata en primer lugar de una cuestión práctica. Es el problema mismo de la práctica del psicoanálisis en tanto que diferenciada de la psicoterapia.

Afirmo incluso que es a partir de este punto precisamente que Lacan hizo su apuesta por el nudo borromeo, que fue, como se ha dicho, cautivado por ese nudo y que se consagró a lo que se ha convenido en llamar entre nosotros su última enseñanza. Esta consiste en una elaboración del psicoanálisis en su diferencia con la psicoterapia y en tanto que psicoanálisis fuera de sentido.

3. Un psicoanálisis sin punto de capitón

El psicoanálisis fuera de sentido

Se puede considerar que esta última enseñanza de Lacan no es conclusiva, que ha quedado en estado de exploración, que no se aguanta, que está hecha de retazos, que es contradictoria. Está claro que le falta un punto de capitón que pueda usarse. Pero miremos las cosas oblicuamente, un poco de otra manera. Lo que se ha explorado precisamente, en la dimensión del fuera de sentido, tomando al nudo como base, no es susceptible de encontrar un punto de capitón.

Los redondeles llamados de cuerda que componen ese nudo se dan tirones, se atascan en formas diversas, se limitan los unos a los otros, pero se conceden grados de libertad los unos respecto de los otros. Se presentan bajo formas cambiantes aunque se pueden distinguir, identificados los unos en relación con los otros, por el color, por la orientación. El nudo que forman, sin embargo, no se presta a ese cruzamiento de vectores del que procede la iluminación del punto de capitón.

Esa enseñanza da testimonio precisamente de un psicoanálisis sin punto de capitón, incluyendo a su forma. El punto de capitón es un fenómeno de sentido y es a eso a lo que conviene renunciar cuando el fuera de sentido domina el asunto. Quiero remarcar que la noción misma de punto es cuestionada por Lacan a partir de su nudo y desde el capítulo X de El Seminario: Aun, "Redondeles de cuerdas" en que anuncia su interés por el nudo borromeo, p. 159. Podrán ver que, muy precisamente y desde el inicio, Lacan cuestiona que la noción de punto pueda sostenerse.

Es sostenible en efecto cuando estamos entre líneas y superficies, pero cuando se trata de cuerdas encadenadas la noción de punto nos falta. El punto de capitón es un punto final, un punto de retorno a partir del cual una trayectoria de una

experiencia se ordena, se resignifica y resubjetiviza. Esto es justamente lo que el psicoanálisis fuera de sentido pone en cuestión. Pone en cuestión la noción misma de finitud.

Lo vemos claramente cuando seguimos esta última enseñanza, pues se presenta de una forma explosiva, inacabada y no rematada. Puede imputarse a lo anecdótico de la persona, pero se trata de un punto de vista "superior" en el sentido del uso que podemos hacer de ella: esta enseñanza se instala justamente en una dimensión que no comporta la finalización, una dimensión a la cual pertenece esencialmente lo infinito, incluso si tiene como base tres elementos encadenados.

Las series sin fin

Dicho de otra manera, justamente por el rechazo del sentido, en el sarcasmo con respecto a la psicoterapia, en lo que Lacan elabora, lo que hay es un psicoanálisis en el que en el lugar del punto de capitón se inscribe efectivamente la serie sin fin. A partir de aquí se ordenan, adquieren su sentido los dichos de Lacan, dispersos, discretos, rápidos, que cuestionan, que crean suspense, que aminoran, que desvalorizan, en definitiva, que desmienten francamente la noción de un fin del análisis.

Lo señaló, por supuesto, lo indicó como de soslayo en sus conferencias publicadas en el número 6/7 de *Scilicet* de fines del 75. Reveló sorprendentemente el propósito de que un análisis no tiene que ser llevado demasiado lejos: "Cuando el analizante piensa que se siente feliz de vivir, es suficiente".

Se puede pensar que lo dijo para los americanos, pues el conjunto que forman como nación se fundamenta en la búsqueda de la felicidad. Pero en el seminario del 8 de abril de 1975 puede leerse: "Todo el mundo sabe que el análisis tiene efectos beneficiosos, que no duran más que un tiempo. Eso no impide que sea un respiro y que es mejor que no hacer nada".

Podemos restarle importancia a esas propuestas, que Lacan no multiplicó, que hay que buscar con calzador, y que se cuelan como testimonio de la libertad que Lacan se permitía en relación a sus elaboraciones. Se puede desvalorizar todo esto y ver en ello modulaciones e ironías. Por mi parte yo las acentúo, mantengo que son propuestas fundamentales y que son coherentes con el conjunto, conjunto resplandeciente de lo que se exploraba entonces.

Puedo añadir ese pequeño escrito de Lacan al que ya he aludido en el que dice: "Finalmente el pase, cuando uno lo pasa, es una historia que se cuenta". Lo cual significa subrayar que el pase es construido, que se trata de un artificio, que tiene que ver con el arte, si se quiere, y que eso demuestra un saber hacer.

El pase como punto de capitón, el pase-relámpago, del que Lacan ha podido hablar, que se mantiene aún bajo el dominio del sentido, el pase-historia, el pase-narración, es evidentemente relativizado en el régimen del psicoanálisis fuera de sentido. Es una elucubración, término que uso aquí pero que resulta fundamental en este registro. Existen las buenas elucubraciones y la promoción misma del término elucubración en la última enseñanza de Lacan traduce esa relación entre el fuera de sentido y los artificios del sentido.

Esto no anula el pase, sino que considera la experiencia analítica bajo otro ángulo. ¡Después de haberles aligerado de un peso, les pongo otro sobre sus espaldas!

Hay que acostumbrarse a que las verdades son sólidas, como dice Lacan. Hay diferentes caras según el punto en que uno se encuentra y según el ángulo de su perspectiva se percibe otra cosa. Las verdades son sólidas... A nosotros nos toca ser tan sólidos como las verdades.

La instancia central del síntoma

La consecuencia inesperada ahora, si tomamos las cosas por este sesgo, es que por un lado el psicoanálisis fuera de sentido ahonda la diferencia con la psicoterapia -la última enseñanza de Lacan, tal como lo podemos percibir y utilizar

en nuestra orientación actual, profundiza la fosa que separa de la psicoterapia- y, al mismo tiempo, borra, o al menos tiende a borrar, la diferencia entre el psicoanálisis puro y el aplicado a la terapéutica.

Es una implicación de lo que he dicho sobre el pase. El pase no es una excepción. Al contrario, el psicoanálisis fuera de sentido que Lacan desarrolla en su última enseñanza, esa tentativa de contemplar el psicoanálisis por un sesgo que rechaza el sentido (no se puede ir por ese camino del fuera de sentido más que hasta un cierto punto y Lacan llegó visiblemente lejos. Ahí captamos lo mejor de su práctica) acentúa el elemento terapéutico del psicoanálisis. Es lo que señala claramente esa frase sobre la felicidad de vivir. La última enseñanza condujo a hacer del síntoma su referencia clínica por excelencia, sino la única. Desde la perspectiva del psicoanálisis fuera de sentido, la diferencia entre psicoanálisis puro y aplicado a la terapéutica resulta inessential.

Ahora que les muestro el camino para deshacerse del fardo, quizás les fallarán las fuerzas. Si queremos, en nuestra coyuntura actual, reciclar esa última enseñanza de Lacan, hay que estar dispuesto a una transmutación de todos los valores psicoanalíticos que Lacan nos transmitió y que nosotros hemos repetido. Dado que esta última enseñanza es un ejercicio al límite en los confines del psicoanálisis, resulta en un cierto sentido el reverso o el fondo último de la enseñanza de Lacan.

El valor que añadimos a la representación del psicoanálisis como una trayectoria con sus etapas y un fin muestra bien a las claras que, para nosotros, resulta valioso que la experiencia psicoanalítica se rijan por una lógica del más allá. Es así, por otra parte, en el psicoanálisis: más allá del principio del placer, más allá del Otro hacia S(/A), más allá de la demanda y de la identificación hacia el deseo. El acceso al goce supone una transgresión, un paso protegido más allá. El acceso al goce es protegido y barrado por el principio del placer y de vuelta el analizante tiene que ir más allá del síntoma hacia el fantasma, donde yace lo que le sitúa en su deseo.

Puede verse con claridad como la transgresión del goce y el atravesamiento del fantasma se corresponden y son homólogos. La misma conceptualización sostiene la noción de que hay que franquear una barrera para tener acceso al goce y que, en el análisis, hay que ir más allá del síntoma para tocar y atravesar el fantasma. Son términos que se corresponden entre ellos y con la noción de un llegar hasta el final.

Hay en efecto una transmutación, la que se basa en el rechazo al sentido. No es para hacerse el travieso que Lacan aporta el sinthoma, sino para colocar en el centro de la clínica una instancia en que ya no se hace la diferencia entre síntoma y fantasma.

El nudo borromeo, una relación

¿Cuando ya no se establece la diferencia, cómo se hace para ir más allá del uno hacia el otro? El camino del más allá está cortado. El nudo borromeo es una máquina de cortar el más allá.

¿Cómo pueden operar una transgresión de la barrera hacia el goce a partir del momento en que Lacan elabora un goce que está en todas partes, en que renuncia a distinguir entre placer y goce y en que formula “Allí donde eso habla, goza”? Vuelve sobre esa distinción tan fecunda que figura en el grafo . “Allí donde eso habla, goza” restablece su “eso habla” del que había renegado y lo une al goce. ¿Dónde está la transgresión entonces?

Efectivamente eso va aparejado a la desvalorización de la palabra. No se trata de un cuarto de vuelta, sino de un giro de 180 grados. Lacan, que había echado incienso a la palabra, en su última enseñanza la cualifica de parloteo, de bla bla

bla e incluso de parásito del ser humano. El sentido no lo incluye más que en fórmulas que lo caracterizan por su imbecilidad. Es un golpe para la palabra.

Después viene el golpe sobre el lenguaje. ¡Lacan, que lo había situado al nivel de la estructura, de la estructura esencial, y que incluso en “El Atolondradicho” –¡qué atolondradicho!- en 1972, puso esa estructura en el nivel de lo real! “La estructura es lo real”, dijo entonces. Pero cuando introdujo la lengua no hizo más que elucubraciones, tanto del lenguaje, de la gramática como de la estructura.

Rebajó de nivel a su concepto de lenguaje y al de estructura que ya no situó en absoluto en el de lo real. Correlativo a ello es el reemplazo sistemático, en tanto que objetivo de la experiencia, del término sujeto por el de hablanteser.

Lacan, que fue el promotor de la integración del psicoanálisis en la ciencia, y, en su defecto, de su relación esencial, en su última enseñanza no se abstiene de cualificar a la ciencia de futilidad.

Es también el tiempo en que Lacan procede a los grandes exorcismos en el psicoanálisis. Exorciza el conocimiento y aún el mundo. ¡Maldito sea ese concepto! Lo exorciza todo. Exorciza también, y es aquí donde usa el término exorcismo explícitamente, el ser, en la p. 57 de Aun, precisamente por sus afinidades con el sentido. Todo esto en beneficio de lo real, antinómico del sentido, de la ley, de la estructura, y que no puede ser negativizado. Lo real es el nombre positivo de lo fuera de sentido, aunque denominar resulte aquí problemático.

¿Es una elucubración mía esta forma de constitución de la perspectiva del psicoanálisis fuera de sentido? Se presenta esencialmente así en Lacan a partir de destellos, o como él mismo dice, de tentativas. No nos lo dejó elaborado.

Observen las ventajas que ya nos ha representado poder extraer algunas consideraciones que han ampliado nuestra visión de la clínica, como se ha podido observar en una famosa reunión de Arcachon 3.

Creo que vale la pena elucubrar sobre estos cabos sueltos de Lacan. Aunque se trata de algo inconcluso, está dotado de una consistencia de la que hay cosas que tomar. Es correlativo de lo que ha constituido el problema que quería tratar y que les anuncié a principio de curso, comprender, captar mejor la no relación sexual.

Ciertamente, el nudo borromeo entre tres viene a ocupar en Lacan el lugar de la relación sexual entre dos que no existe. Ese nudo también nos hace al mismo tiempo captar aquello de lo que se trata con el término relación.

¿Qué es el nudo borromeo? Materialmente son tres redondeles de cuerda. Desde el punto de vista de la materia, de lo que se puede tocar, es un redondel, otro y otro. Lo que constituye el nudo no está en ninguno de ellos. El nudo precisamente es lo que nos da la clave de lo que es una relación. Es el nudo mismo, el anudamiento, en tanto que distinto de sus elementos, lo que constituye la relación.

II. LA CONJUNCIÓN DE PSICOANÁLISIS PURO Y APLICADO

1. La perspectiva del síntoma

Ejercicio La Bruyere

Dediquémonos ahora a definir tan distintamente como sea posible el psicoanálisis puro y el psicoanálisis aplicado el uno a partir del otro y viceversa. Eso es lo que ya he llamado ejercicio La Bruyere, autor que me gusta frecuentar desde los tiempos del instituto: “Corneille pinta a los hombres tal como debieran ser, Racine los pinta tal como son”.

Resultaría tentador, siguiendo esta vía, afirmar que el psicoanálisis puro es el psicoanálisis tal como debería ser y el aplicado tal como es. Eso indica una dirección, una orientación, quizás una tentación a la que se podría ceder. ¿Estaría bien planteado? Significaría, por lo que al psicoanálisis representa, ir en la dirección de un plegarse al ideal respecto a lo que son los hechos.

No descarto volver a esta dirección en lo que tiene de saludable. Para animar un poco, para hacer brillar lo que esta dirección pudiera tener de contrajúbilo, podría decirse así: preferir siempre lo real a lo imaginario. ¿Por qué no? Es a eso a lo que nos incitaría lo simbólico. Habría también que asegurarse que lo simbólico mismo no es más imaginario que real.

El corneliano encuentra una salida, es su rasgo característico, y con todos los honores de guerra, incluso si acaba hecho un pingo. El raciniano, el sujeto raciniano, si podemos usar esta expresión, no la encuentra, se queda donde está.

El corneliano tiene su debate, el famoso debate que le oprime, pero que está estructurado y representa una alternativa. Mientras que el raciniano se enfrenta más bien a un dilema. No puede arreglárselas con lo peor porque lo peor tiene dos caras. Se halla estancado. Lo único que puede hacer en general es barrarse, mientras que el corneliano encuentra su salida más bien por la identificación.

Cuando se trata de psicoanálisis, ¿hay que poner el acento en lo trágico? Señalemos que Lacan lo pone más bien en lo cómico. Más exactamente, de la salida dice que es del orden del ingenio, del Witz, que no es lo cómico pero que implica la risa. En la vertiente en la que no se halla salida y en la que se espera el acento trágico, él encuentra lo cómico. Tal como pudo decir con un enunciado muy simple que hay que situar bien, como intento hacer cuidadosamente: "La vida no es trágica, es cómica". Le pareció pues completamente inapropiado que Freud fuera a buscar una tragedia para extraer de ella el complejo de Edipo.

He introducido todo esto a mi manera, pero de lo que se trata es de ser precisos. Eso quiere decir que cuando se halla la salida, o si se la encuentra, o en la medida en que se encuentra, es gracias a que se juega con los significantes, por los juegos de los significantes, sobre los que se basa el efecto de Witz. También existe, por el lado por el que nadie encuentra salida, al menos un significante con el que no se puede jugar, al menos no se puede jugar con lo que nombra, si a eso lo llamamos goce. Hay ahí, como Lacan lo indicó de entrada, algo que no se negativiza, que no se presta a que se pueda practicar el juego de la anulación. Si designamos a ese significante como...vemos en seguida en que sentido resulta cómico no poder encontrar salida.

Definir el puro y el aplicado

Volvamos a la definición de psicoanálisis puro y aplicado. Definir, si se busca la salvación por esa vía, consiste en delimitar lo propio.

Para que uno se quede tranquilo se precisa ciertamente que haya una superficie, y una serie de chirimbolos que nos den la seguridad de que lo que uno es no lo es el otro. Lo problemático justamente es saber si en el psicoanálisis se puede pensar a partir de líneas y superficies, es decir, de definiciones. La definición misma está cargada de presupuestos, ponerla al día supone torsiones y contorsiones como pudo verse, dolorosa e incluso cómicamente, cuando Lacan se hallaba en el punto álgido de su esfuerzo. El problema es que se pueda definir sin dificultad. Hace falta la fe del carbonero. Vayamos a ello, porque sino nos quedaremos sin saber que hacer.

El psicoanálisis puro, intentémoslo así, es el psicoanálisis en tanto que lleva al pase del sujeto. Es el psicoanálisis que se concluye con el pase. En este caso el sujeto encuentra salida y por otra parte lo hace, lo intenta, con honores de guerra. En todo caso, se ha podido inventar que se pidieran los honores, es decir, algo consagrado por un título. Si no se trata de algo del orden del honor, entonces las palabras no tienen más que su significado habitual. Lo que es muy posible en todo caso. Permite al sujeto pertenecer a una clase distinguida que incluso si se ha podido establecer como no permanente, no por eso deja de distinguirlo más allá de la fecha de caducidad del título.

El psicoanálisis aplicado es el que concierne al síntoma, es el psicoanálisis en tanto que aplicado al síntoma. ¿Hay salida ahí? ¿Existe a ese nivel, si se trata de un nivel, salida? Hay algo que se llama la curación y que podría ser en efecto el nombre de la salida en esta vertiente. Como saben, se trata de un término que es muy problemático y relativo en psicoanálisis.

Pero la salida llamada pase no resulta menos problemática. A los que han encontrado esta salida, se les incita con vivacidad a que expliquen como piensan que lo han hecho para conseguirlo. Y se constata que en el marco de un análisis cada uno lo hace o cree hacerlo como puede, a su manera. La salida por el pase no es menos problemática que la de la curación, incluso si la primera es susceptible de una definición radical en psicoanálisis. Fue Lacan quien dio esta definición radical, dio varias de hecho, mientras que la curación no se beneficia de una definición radical.

¿Significa algo glorioso tener una definición radical? ¿Es cómodo? ¿Es sólido? Podría decirse que para el pase beneficiarse de una definición radical es más bien su debilidad.

Cuanto menos -pido que se acepten los términos que estoy usando- el pase es la noción de una curación que tendría el carácter de radical, de definitiva. Dicho así resulta claramente una noción ingenua que se pediría que se sofisticase. No creo, sin embargo, que, al menos a forma de tanteo, no se pueda situar al pase como una radicalización de la curación.

La división entre los dos psicoanálisis, el puro y el aplicado, se basa en la diferencia entre el síntoma y el fantasma, en la noción de un más allá del síntoma donde se encuentra el fantasma.

La curación del síntoma, su corrección, su aligeramiento, su mejoría, deja aún un espacio para una operación sobre el término ulterior. Dada la forma como se define el fantasma, a esta operación no se la llama curación. Se la denomina corrientemente atravesamiento cuando se trata del fantasma. Es un término que Lacan usó una vez, sólo una, y que se ha hecho correr. Pero todo esto implica también la noción de reducción, que es válida para un caso y para el otro.

En la medida en que esta oposición mantiene que el síntoma es lo que no funciona, lo que hace daño, y el fantasma aquello en lo que se está bien, o al menos aquello de lo que se puede obtener goce, ha fundamentado la distinción entre psicoanálisis puro y terapéutico. Yo he contribuido ampliamente al mantenimiento de esa distinción. En la segunda serie de los cursos que di bajo el título general de La orientación lacaniana me embarqué, y ustedes conmigo, en esta diferencia entre síntoma y fantasma y aporté la noción de que quizás no todo se acababa con el fantasma y que había que diseñar una nueva vuelta sobre el síntoma.⁴

¿Bajo qué forma se mantiene esa distinción entre psicoanálisis puro y aplicado? Bajo la forma de que el psicoanálisis terapéutico sería una forma restringida del psicoanálisis puro. Pero esta no es la clave del tema, aunque uno pueda libremente pararse ahí para ilustrarlo. Hace ya muchos años que detuve el cursor en lo referente a este asunto, a la oposición entre síntoma y fantasma y, por lo tanto, a la diferencia entre las salidas respectivas.⁵ Tenía sus virtudes de cara a la estructuración, y se han podido observar sus resultados, a pesar de todo, así como hasta qué punto era susceptible de ser ilustrada de la mejor manera. No puede decirse, sin embargo, que es la clave de la cuestión.

El último Lacan, por otra parte, aconseja no detenerse nunca en la clave de la cuestión, en la última palabra. Pararse es la paranoia y el nudo se ha hecho justamente para desembarazarnos de la paranoia en este asunto.

Un campo de desorientación

No es la clave, no es la última palabra porque existe otra perspectiva, otro ángulo, bajo el cual la diferencia entre síntoma y fantasma se desvanece. Es el ángulo de lo que Lacan introdujo bajo el nombre de sínthoma, utilizando una antigua grafía

de la palabra -ya expliqué así alguna cosa en aquella época- para incluir dentro del mismo paréntesis síntoma más fantasma.⁶

Sínthoma = Síntoma + Fantasma

Es una aproximación a esa ecuación, pero ya había señalado que la oposición clínica entre síntoma y fantasma, por bien fundamentada que esté, no impide que se pueda tomar otra perspectiva. Bajo este ángulo la diferencia entre los dos psicoanálisis resulta no esencial.

Salvo error de mi parte, la diferencia entre los dos psicoanálisis se halla ausente en la última enseñanza de Lacan. Si alguien me aportara la referencia que me falta al respecto, estén tranquilos, sabría como salirme del atolladero. Lo que diría precisamente es que resulta inesencial.

No se trata de una cuestión de hecho, sino de captar la orientación de lo que Lacan aportó in fine como desorientación. Afectó a la brújula que él mismo había construido para orientarse en el curso de los años y abrió in fine un campo de desorientación. Es muy complicado seguirle porque hay que desaprender. Como ya ha pasado tiempo desde entonces, se ha puesto en pie la construcción de Lacan en su parte arquitectónica, si puede decirse así.

A esta desorientación de Lacan hay que darle un empujón si queremos ponernos a su nivel, hay que entrar en su movimiento para no dejarse detener por la indignación que puede provocarnos el hecho de que Lacan sea el último de los últimos. Hay algo que deja entender, que dice entre líneas, al margen, no muy fuerte: el pase no existe. ¿Pueden oírlo? Lo diré quizás con más precisión y eso les proporcionará un poco de alivio: el pase no existe. Habrá que ver el valor mismo que se ha dado a ese artificio de escritura que es el guioncillo que separa ex de sistencia. Deja entender, tan claramente como puede, que el pase no existe o que, si existe, tiene más bien la condición de fantasma.

¡Cuidado con la significación imaginaria de esta palabra! que no es en absoluto la significación que he escrito. Es preciso también modificar la significación del término imaginario. Ya ven la cadena de desorientación por la que hay que avanzar.

De todas maneras, antes de exclamarse por el hecho de que el último Lacan no resulte baladí, antes de clamar contra el atentado que comete con el pase, hay que darse cuenta de que en la perspectiva del último Lacan, del último juicio, del juicio final, cito a Lacan: "La ciencia misma no es más que un fantasma". Se trataría de avalar con mayor facilidad que el pase podría no ser más que un fantasma acompañándolo con la ciencia.

La ciencia no es más que un fantasma

Resulta exorbitante haber tenido que escuchar, leer y volver a decir que "La ciencia no es más que un fantasma". ¡Y en boca de Lacan! Desborda a todo sentido común. Desborda al hecho de que sostuvo su enseñanza, como hizo Freud a su manera, por recurso a otras ciencias, a una dialéctica más sofisticada entre el psicoanálisis y las ciencias. No era de él de quien se hubiera esperado una proposición como "La ciencia misma no es más que un fantasma". ¿Desde dónde puede proferirse esta enormidad que desanuda el lazo entre el psicoanálisis y la ciencia? A un mismo tiempo el pase también se va a la deriva.

Hay que volver sobre esto tranquilamente, intentar ponerlo en su lugar, tomarlo en su cadena incluso si el nudo no forma parte de ella, si se ha construido de otra manera. Para que podamos avanzar es preciso encadenar. Si en lugar de exclamarse se escoge instalarse en los enunciados de Lacan que he recordado, que él no prodigó, que son escasos, pero en los que hay que poner el acento, la puntuación, para captar de que se trata en su esfuerzo, entonces conseguiremos percibir unos elementos, una idea de conjunto, una perspectiva cuyo punto de

partida pueda encontrarse en lo más asegurado, lo más clásico, lo más instructivo y lo más enseñado de su doctrina.

El psicoanálisis puro corresponde a la noción de un psicoanálisis en tanto que práctica que tiene su punto de partida en la transferencia, que Lacan presentó como un algoritmo, algoritmo de saber, y que si se lleva hasta sus últimas consecuencias se encuentra con un punto de detención. Es la finitud de la experiencia mantenida por Lacan, a diferencia de Freud, que se deduce, concluye, a partir de un algoritmo del saber que funciona, pues, automáticamente. Esa detención es una iluminación, un estallido, una visión general, insight, una verdad. Cada uno de los que piensan haberla experimentado, haber pasado por esta experiencia, tiene su forma de reconocerla. Puede ocurrir con un sueño, o con el rechazo de un sueño, con una interpretación del analista, con un encuentro, con un pensamiento. En esta detención lo que siempre se produce es un resultado de saber.

El último Lacan pone en cuestión -no importa- la validez de este resultado de saber a condición de precisar: respecto de lo real. Hay que tomar también ese real como categoría lacaniana, categoría in fine. Lo que se pide que se desaprenda un poco es lo que se ha creído real, justamente por haber sido enseñado por Lacan. ¿Qué valor tiene este resultado de saber en relación a lo real si lo entendemos como se debe?

No decimos más que lo que nos da acceso al eslabón siguiente. Este resultado de saber no valdría ya respecto a lo real más que si hubiera saber en lo real. Por supuesto, si hay saber en lo real, entonces el resultado de saber vale respecto a lo real. Es el fundamento de la práctica analítica. Si la ciencia no es más que un fantasma, el resultado de saber que es el pase no lo es menos. Si la ciencia no es más que un fantasma, es decir, no tiene validez respecto a lo real, entonces, y pido excusas, el pase sigue el mismo camino.

...y la idea de un despertar impensable

Es por eso por lo que Lacan puede decir en su Seminario Le moment de conclure,⁷ de un tirón, en una misma frase, que la ciencia no es más que un fantasma y que la idea de un despertar es propiamente hablando impensable. Despertar es un término iniciático para cualificar la iluminación del pase. Es también plantear que el pensamiento no es propio de lo real, lo que implica rebajar el nivel del pensamiento.

Es lo más sorprendente, al menos en esta visión de conjunto. En toda su última enseñanza Lacan sitúa al pensamiento en el registro imaginario. Es inaudito. Un poco antes, está escrito en "Televisión", explica de forma totalmente contraria que el pensamiento pertenece a lo simbólico, que perturba lo imaginario del cuerpo. La última enseñanza de Lacan empieza cuando el pensamiento pierde su categoría simbólica para pasar a lo imaginario.

Así, el psicoanálisis puro, con su objetivo del pase, se basa en la confianza en el saber en lo real, pero sólo a título de suposición.

Lacan ya lo presentó así cuando introdujo el pase en su texto inaugural sobre el psicoanalista de la Escuela. Menciona al saber pero sólo en tanto que saber supuesto, lo que le da su estatuto inconsciente. Esta suposición es relativa al discurso analítico, es inducida por el acto analítico y se trata de un hecho de transferencia, de amor. Esta suposición de saber no es real. Lacan lo señala con todas las palabras, el sujeto supuesto saber no es real. No es pues equivalente al saber en lo real.

Lacan insistió siempre en que el motor del psicoanálisis es la suposición transferencial de saber. Pero eso no asegura de ninguna de las maneras que haya efectivamente saber en lo real. De ahí que se le haya dado al inconsciente un estatuto fundamentalmente de hipótesis, de extrapolación. Sobre esto construye

Lacan su Moment de conclure del que destaco esta frase: “La hipótesis de que el inconsciente sea una extrapolación no es ningún absurdo”.

2. Un real en funciones

Construcción de saber

A partir de aquí se puede hacer hincapié de forma conveniente sobre todo lo que en el análisis es construcción de saber.

En primer lugar, en relación a la interpretación, los fragmentos –es así como Freud lo presenta-, los destellos de verdad, son elevados a saber, se hace una construcción por parte del analista. Freud piensa que esta construcción debe comunicarse al paciente cuando convenga. En eso se distingue de Lacan, en el acto. Por parte del analizante el término construcción también se impone. Se habla de construcción del fantasma fundamental. Ello indica que el fantasma fundamental es una construcción. No se trata de saber en lo real.

Si el fantasma fundamental es una construcción, como Lacan siempre dijo desde que introdujo el término, ¿qué tiene de sorprendente que el pase, en tanto que atravesamiento del fantasma fundamental, sea también una construcción? Es una construcción de saber a partir de efectos de verdad, una construcción ordenada por un efecto escogido como mayor o que se impone como el nec plus ultra. Su carácter de construcción resulta totalmente patente cuando se pasa del pase como momento del análisis al pase como exposición en el procedimiento. Por supuesto que es una construcción, una construcción en la que se escogen y se realzan los elementos.

La fe que se tiene en el análisis, cuando se tiene, consiste en que en las construcciones lo real es puesto en juego, en que se alcanza lo real a partir de la suposición de saber, en que algo de lo real se manifiesta a partir del saber. Es lo que Lacan indicó, en la época en que lanzó el pase, de forma muy discreta: la significación de saber, el saber supuesto, ocupa el lugar del referente aun latente. Antaño yo había enseñado a leer esta frase indicando que este referente es el objeto a en tanto que real, que es delimitado por la serie significativa que se sigue durante el análisis.

Si esto es tomado con la fe del carbonero, permite creer que se pasa, casi insensiblemente, del sujeto supuesto saber, que no es real, a un término que pertenece al registro de lo real. Uno se imagina que, en un determinado momento, ocurre que el saber supuesto es metaforizado por lo real, que el referente, lo real aún latente, acude en un determinado momento, sube a escena y dice... ¿Qué es lo que dice? Se pondría a decir: “Yo, lo real, hablo” ¿Por qué no?

real
Saber

Si uno cree que esa metáfora va a producirse, que es lo que Lacan dice o que se contenta con eso, hay que ponerse de rodillas. Se habla de milagro cuando la relación de causalidad se nos escapa.

Para cambiar un poco la visión de este asunto, lo real llamado a no es todo lo real, en la medida en que se pueda hablar de todo lo real, y no se puede, sino que es lo real capturado en el fantasma. El objeto a es un real al que se da forma, que se pone en funciones. Es un real resultado de una construcción, la del fantasma fundamental, es decir, de la reducción de las representaciones fantasmáticas y las historias que uno se cuenta para acabar destacando como su fórmula. Si hay real, es un real que resulta de una construcción

El pase y lo real

Al introducirlo así, como lo real resultante de una construcción, es un término cuyo estatuto de real está en cuestión. Cuando se lee a Lacan demasiado deprisa, aunque él haga todo lo posible para que relenticemos la lectura, resulta chocante darse cuenta de que en el capítulo VIII del Seminario Aun desplaza al objeto a del registro de lo real. Ha llegado el momento de que comente ese capítulo en el que realmente anuncia el nudo borromeo. Lo anuncia bajo la forma de un triángulo en cuyos vértices están escritas las letras mayúsculas de lo simbólico, lo imaginario y lo real que Lacan aparejará en su nudo borromeo.

I

S R
a
Semblante

Es verdaderamente aquí donde puede verse que se prepara ese franqueamiento que el último Lacan va a orquestar. El triángulo está orientado por unos vectores y es en el vector que va de lo simbólico a lo real donde se inscribe a, y precisamente a título de semblante.

He puesto énfasis sobre ello anteriormente, y debo decir que sin éxito, porque todo el mundo tendía absolutamente a que a fuese real. Todo el mundo mantenía la metáfora milagrosa del saber en lo real. Lacan, sin embargo, indica que a está más del lado del ser que de lo real. Incluso lo cualifica de semblante de ser y apunta que ese mismo a, ese referente aún latente que puede ocupar el lugar del saber supuesto, no puede sostenerse en el abordaje de lo real.

Lo que cambia con esto es la noción, el sentido que puede darse al término de lo real. Es evidente que de lo que se trata es de convertirlo en un real al margen de toda construcción. Eso hace de a un efecto de sentido que compete a lo simbólico, en vistas a lo real, pero que no afecta más que al ser.

Si se sigue con atención lo que condujo a Lacan a construir la noción de pase, ¿qué puede responderse a la pregunta sobre lo que la operación del saber supuesto cambia en lo real? ¿Qué es lo que Lacan explica que el pase cambia en lo real? Lo que dice, seamos precisos, es que el pase cambia alguna cosa en lo referente a la relación del sujeto con lo real, alguna cosa en su fantasma como ventana sobre lo real.

Admitamos que el atravesamiento del fantasma permite una salida fuera del fantasma, en su definición inicial, aunque sea momentánea, incluso si es una apreciación. Pero no es seguro, sin embargo, que eso cambie forzosamente la pulsión. Es la razón por la que Lacan, en su Seminario XI, cuando ya ha empezado a elaborar el análisis con fin, se plantea aún: ¿Qué significa que todo esto cambia finalmente la pulsión? Hay que entenderlo como un: en efecto, hay un resultado en el nivel del saber, pero decidme además qué es lo que eso cambia en lo real.

El nombramiento es una suposición

Como apunta Lacan en su Moment de conclure –lo glosó aquí pero todo esto está en tres frases iluminadoras- Freud recurrió al concepto de pulsión porque la hipótesis del inconsciente, del saber supuesto, no se sostiene en el abordaje de lo real. Con la pulsión Freud quiso efectivamente nombrar algo de lo real. Pero para el último Lacan, justamente, el nombramiento resulta muy problemático al mezclarse el orden de lo real con el significante.

¿Por qué en un determinado momento se puso Lacan a comentar el nombramiento en su última enseñanza de forma que la argumentación no aparece siempre desarrollada? ¿Por qué el problema del nombramiento? Porque es una suposición, la suposición del acuerdo entre lo simbólico y lo real. Suposición de que lo simbólico concuerda con lo real y viceversa.

El nombramiento es la pastoral entre lo simbólico y lo real. Es el equivalente a la tesis del saber en lo real, o, al menos, es el primer paso, el que cuesta dar, en la dirección del saber en lo real. El nombre propio es un punto de capitón, no entre significativo y significado, sino entre lo simbólico y lo real, a partir del cual uno se encuentra con las cosas, es decir, con el mundo en tanto que representación imaginaria.

Si no se supone ese acuerdo milagroso entre lo simbólico y lo real, hace falta un acto. Este acto no puede referirse más que al punto de capitón mayor que es el Nombre del Padre. Es por eso que Lacan hizo de él el padre del nombre, el padre denominante, el que asume el acto del nombramiento y por ende traba lo simbólico y lo real.

Esta perspectiva del último Lacan toma al psicoanálisis del revés. Sacude su fundamento, su axioma, su suposición. Cuestiona el vínculo entre lo simbólico y lo real, es decir, invita a pensar a partir de su disyunción, de una relación de exterioridad entre los dos, digamos pues, a partir de su no relación. Es así como se introdujo en esta cuestión, ya que empezó por poner a lo imaginario en posición tercera, de mediación, entre los dos que forman la disyunción fundamental, simbólica y real.

3. Un real fuera de sentido

Conjunción y disyunción en el nudo

Cuando uno se dedica a tomar el psicoanálisis por el reverso de su axioma, de su suposición, de aquello en que se sustenta, es decir a partir del momento en que se separa a lo simbólico y a lo real, se dice: "No es en absoluto porque haya encontrado cosas en su análisis, verdades, saber, las que quiera, por arriba y por abajo –dije lo contrario y el resto y en un determinado momento me detuve porque era realmente tan fantástico que no podía hacerlo mejor- que necesariamente haya cambiado algo en lo real". Hay una diferencia, puede haberse producido un cambio en el semblante del ser, pero no es forzoso que eso vaya más lejos. Por otra parte hay en lo real muchas más cosas que las que pueden ser cambiadas por las experiencias de saber, sino se sabría.

Se progresa en la experimentación sobre esto. Ahora ya no se producen clones, sino una nueva especie de cisnes jamás vista. Creo que se puede profetizar con toda tranquilidad que así como hay un nuevo cisne, un nuevo hombre nos espera ciertamente en algún lugar en el siglo veintiuno. ¿Cuál será el comité de ética capaz de impedir que se resista al apetito de perfeccionar una especie que sufre de tantos males que ha tenido que recurrir al psicoanálisis?

Si piensan a partir de la exterioridad de lo simbólico y lo real y si se dan cuenta de que existen interferencias, pero que quieren mantenerlos a pesar de eso separados –sin estar loco, sabiendo que si uno trafica con algo en lo simbólico eso puede tener sus efectos en lo real- si los mantienen separados conceptualmente, el nudo se hace necesario. Al nudo borromeo no pueden cortarlo. Es bajo la forma de nudo, bajo la especie de nudo, more nudo, como los dos, simbólico y real, pueden permanecer disjuntos siendo inseparables. El nudo borromeo permite que los dos elementos permanezcan disjuntos –uno puede decir que no conoce al otro- salvo que al mismo tiempo son inseparables, es decir que están juntos de manera que no pueden separarse. La forma borromea del nudo supera la antinomia de la conjunción y la disyunción. Eso exige la introducción de un tercero, disjunto él también de los otros dos.

Puede observarse claramente aquí que es lo propio del nudo en contraste con la cadena. Nudo y cadena son dos formas de articulación, ciertamente, pero en el nudo los elementos permanecen disjuntos. Están ahí cada uno por sí mismo en una no relación radical con respecto a los otros y, sin embargo, se hallan atrapados en una relación.

Un real excluido del sentido

Hay que ocuparse de lo real del que se trata, no de lo real que se encuentra en el esquema R de Lacan en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". Este esquema, sin embargo, es el que nos puede dar alguna cosa sobre lo real. Lacan lo bautizó con la letra inicial de la palabra, esquema R. Encontramos ahí un real que está enmarcado por lo simbólico y lo imaginario. Se trata de campos. Es cuestión de recubrimiento, por ejemplo Lacan puede decir: "La relación imaginaria especular a-a' le da su base al triángulo imaginario, que la relación simbólica madre-niño viene a recubrir".

Esto forma parte del abecé de la construcción de Lacan. Se parte de lo imaginario y se muestra que hay términos que se simbolizan, o que permiten el recubrimiento por términos simbólicos. Existen también intrusiones de un campo en el otro. El término intrusión aparece varias veces en la propia clínica del caso Schreber y expresa que los campos de lo real, lo simbólico y lo imaginario se comunican.

Que hablemos de simbolización, en un sentido general, implica que este desplazamiento, esta circulación, es la transferencia de un elemento, perteneciente a un campo, al otro. Para eso nos sirve normalmente lo real, lo simbólico y lo imaginario. Hay una multitud ahí. Indefinidamente los elementos reales se desplazan a lo simbólico, hay también elementos imaginarios y cuando algo no está inscrito en lo simbólico va a parar a lo real. Es un barullo.

No es de este real del que se trata. ¿En qué se convierte lo real en el nudo? Se representa no como un campo, sino como un pobre redondel de cuerda en cuanto tal, disjunto de lo simbólico y de lo imaginario. Es lo real en tanto que fuera de lo simbólico y de lo imaginario. Eso al menos es simple. Es lo que resume la expresión fuera de sentido, pues, para que pueda haber sentido es preciso que colaboren lo simbólico y lo imaginario y eso es precisamente lo que se excluye en lo que a lo real se refiere. ¿Qué puede captarse de ese real? ¿Existe un concepto? Son preguntas que puede uno plantearse. Lacan, al menos, dice que sí, que existe un concepto de este real. Dice que es el suyo y si enfatiza tanto que es el suyo es porque realmente no es tan fácil transmitirlo.

Hay que darse cuenta, en primer lugar, de que es justamente porque se define a lo real como excluido del sentido que se le puede dar sentido. No digo "en lo real", sino a. El "en" supone un campo y no hay interior del redondel de cuerda.

Se puede elaborar saber sobre lo real, pero en las perspectivas de lo real como lo excluido del sentido. Elaborar saber no es nunca más que una metáfora. Escribamos el sentido sobre lo real

Sentido Real

Esto quiere decir que incluso el saber es del orden de estos términos que multiplica la última enseñanza de Lacan cuando dice, no construcciones, sino elucubraciones, futilidades, fantasmas. Situar así todo lo que es sentido, no ahorra ni el saber, ni la ciencia. En relación al concepto de lo real en tanto que excluido del sentido, todo lo que proporciona sentido cobra el valor de futilidad y de elucubración.

Se trata de una categoría, evidentemente. Se multiplican. Desde el momento en que tomamos la perspectiva según la cual se ha roto el acuerdo entre lo real y el saber, puede decirse que todo saber se reduce al estatuto del inconsciente, es decir, al estatuto de hipótesis, de extrapolación, de ficción. Es una posición radical. Nada de lo que tiene sentido puede entrar en el concepto de lo real. No se trata sólo de "perder toda esperanza", sino de "perder todo sentido".

Es abracadabrante, pero es una posición metódica, en el sentido en que se habla de la duda metódica de Descartes. Es la duda metódica la que le permite producir la excepción del ser cuya existencia no puede ser puesta en duda.

Síntoma y creencia

De la misma manera, cuando uno se obliga a esta saludable disciplina de situar a lo real como excluido del sentido, eso le permite, eventualmente, ubicar la excepción del síntoma freudiano, como hizo Lacan en un determinado momento. El síntoma freudiano sería lo único real que no excluiría el sentido. Para que una frase como esta surta efecto, para que sea incluso pensable, es preciso haber tomado la perspectiva radical de la exclusión del sentido.

En la misma dirección Lacan pudo, en otro momento, declarar el síntoma analítico como un hecho de creencia. Tal como dice, se cree en él. Se cree que puede hablar y que puede ser descifrado. Se le supone sentido.

Este “se cree que” pone el acento sobre la relatividad transferencial del síntoma. La frase “Se cree en el síntoma” que tanto sorprendió en su formulación, es la consecuencia del sujeto supuesto saber. Sólo cambia el acento. La mera suposición significativa es traducida en términos de creencia. Cuando se dice “supuesto” nadie supone. Lacan insistió sobre eso. El sujeto es supuesto, pero nadie supone, se supone en el significante. Cuando se dice “se cree”, eso le da mayor valor al hecho de que hace falta que alguien lo crea.

Se puede formular, a partir de aquí, que la creencia transferencial contempla el saber sobre lo real como un sentido que puede hablar, como un sujeto. ¿Qué es la creencia transferencial? Démosle su nombre. Es el amor.

Ahí encuentra su justo lugar lo que Lacan puede decir, y uno se pregunta por qué si no se lo toma más que de forma aislada, en la página 64 de Aun: “El amor apunta al sujeto”. El amor apunta al sujeto supuesto a un signo. El “se cree” reclama y expresa el amor. Es por eso por lo se puede introducir aquí, como lo hace Lacan en su última enseñanza, una mujer en el nivel del síntoma por excelencia.

La afinidad entre la mujer y el síntoma no consiste sólo en que el síntoma es lo que no funciona, como puede sobre todo pensarlo el pueblo llano. Es que es susceptible de hablar y esto es lo que da fundamento a la mujer-síntoma. Lo que escogen como mujer-síntoma es una mujer que les habla.

He desarrollado hace poco la otra vertiente, que una mujer espera que se le hable. Es justamente por eso que Lacan habla en la misma operación y a un mismo tiempo de “creer en el síntoma” y “creer en la mujer”. Es que se trata de un síntoma que habla y que reclama ser escuchado, entendido. Para tener una mujer como síntoma, lo que significa la única manera de amar, hay que escucharla, descifrarla.

Cuando los caballeros no se encuentran disponibles, cuando no tienen tiempo, cuando están ante el ordenador, que es otro síntoma que hay que descifrar, que habla, o cuando descifran los síntomas de sus clientes, las mujeres van a análisis.

Es una definición del amor que no es narcisista y que se ha buscado. Es muy simple, el amor narcisista es aquel que apunta a una imagen, mientras que el amor lacaniano es el que apunta a un sujeto. El sujeto supuesto es el amor en tanto que introduce el sentido y el saber en lo real. Es la única manera por la cual el saber y el sentido se introducen en lo real.

Lo real sin ley

De esta manera pueden situarse los enunciados dispersos de Lacan quien puede decir, a un mismo tiempo, sobre esta base, que las mujeres son terriblemente reales y después resaltar el valor de que son enormemente sensatas, e incluso la base del sentido, para añadir a su vez que en ocasiones son muy insensatas.

Todos estos términos deben ordenarse alrededor de que el amor apunta al sujeto. No se percata uno de ello más que si se cuenta con el concepto adecuado de lo real en tanto que fuera de sentido, pero también como real sin ley.

Todo esto resulta excesivo cuando Lacan dice: "En lo real no hay ley". Se abandonan los fundamentos hasta de la racionalidad. Del fuera de sentido aún se capta algo si se confunde con el significante, pero ¡sin ley! La ley pertenece efectivamente al orden de la construcción, de la futilidad de la construcción. Nuestro concepto metódico de lo real nos obliga a desplazar su estatuto. Por otra parte las leyes que encontramos en lo real cambian, lo que prueba claramente que no se trata de lo real.⁸

La mejor prueba de que la ciencia no es más que un fantasma, que es la posición más tranquila, es justamente que existe una historia de la ciencia que cambia. Para decirlo todo, parece un análisis.

Al hacer la distinción entre lo real propiamente dicho y el sentido, encontramos la lengua. ¿Cómo inventó Lacan la lengua en tanto que distinta del lenguaje? Justamente elevando un punto su concepto de lenguaje y de estructura al nivel de la futilidad del sentido. Dijo: "Finalmente, este lenguaje con su estructura es una construcción, una elucubración de saber que se establece sobre lo que es lo real propiamente dicho".

El método del que se trata consiste en buscar lo real en todo. Buscar lo real, pasar por debajo del sentido, prescindir de construcciones, incluso si son elegantes, probatorias, sobre todo si son elegantes. Es lo que Lacan asume y demuestra en su última enseñanza. Algo así como, "¡maldita elegancia!".

Hay un libro que estoy despellejando en estos momentos y que se llama en inglés *The Elegant Universe*, *El Universo Elegante*. La obra se dedica a exponer algo que nos provoca un efecto de resonancia, la teoría de las cuerdas y las supercuerdas, es decir, una teoría de las más recientes que pretende unificar el campo de la física. Sin embargo, lo que resulta fantástico es que renuncia a las partículas, a los puntos –como si hubiera una coincidencia en esto con alguien– y pone en su lugar, en tanto que elemento básico, cuerdas. Podría decirse: ¡qué presentimiento el de Lacan! Pero no se trata exactamente de las cuerdas de Lacan, sino de cuerdas vibrantes y sobre todo, se hace para proporcionar la idea de un universo elegante, no para aportar confianza.

Notas:

1. J-A. Miller, "Les Journées de l'École de la Cause freudienne", en *La lettre mensuelle* 193, diciembre del 2000, p. 1-5; "Le clivage psychanalyse psychotérapie" que aparecerá en *Mental*.

2. J-A. Miller, "Psicoanálisis y psicoterapia", en *Freudiana* 10, Paidós, Barcelona, 1994, p. 11-19.

3. J-A. Miller y otros, "La conversación de Arcachon" en *Los inclasificables de la clínica psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires, 1999.

4. J-A. Miller, "Du symptôme au fantasme, et retour" (1982-1983) en *L'orientation lacanienne* II, 2, inédito. Toda la primera parte del curso, es decir de noviembre de 1982 a marzo de 1983, está consagrado a diferenciar síntoma de fantasma, poniendo énfasis en el fantasma. La segunda parte del curso inicia un movimiento de retorno del fantasma al síntoma, haciendo hincapié en la importancia del síntoma sobre el fantasma.

5. J-A. Miller, "Sobre el desencadenamiento de la salida de análisis", en *Uno por Uno* 35, Eolia, Barcelona, 1993.

6. Pueden encontrarse una o dos referencias en "Du symptôme au fantasme...". El 24 de noviembre del 82 el término *sínthoma* es citado en relación a Joyce y el 1 de junio del 83 J-A. Miller dice: "Entre las cuestiones que lamento no haber tratado este año está la de haber demostrado una construcción que pueda diferenciar la metáfora de la metonimia en el síntoma. Me he mantenido voluntariamente al

margen del síntoma tal como Lacan empezó a escribirlo a partir de una cierta fecha, ya que eso modifica profundamente la problemática que he desarrollado este año y que para tratarlo de forma válida hacen falta un cierto número de consideraciones sobre las que “El Atolondradicho” resulta crucial. Hay que haber conseguido primero animar este tema en lo real para abordarlo”. J-A.Miller realizó esta aportación más tarde. Hay que referirse especialmente a “Une nouvelle modalité du symptôme” (13 de mayo de 1998), en Les feuillets du Courtil nº 16, 1999, p. 11-29, o anteriormente a “Le sinthome, un mixte de symptôme et fantasme” (11 de marzo de 1987) en La Cause freudienne nº 39, 1998, p. 7-17.

7. J.Lacan, Le Seminaire, Livre XXV, Le moment de conclure, inédito, “Une pratique de babardage”, en Ornicar? nº 19, Paris, Lyse, 1977, p. 5-9.
8. J-A.Miller desarrollará la cuestión de lo real sin ley en la clase siguiente que se publicará en el próximo número de La Cause Freudienne.